

ANTE «DRESDE»

De dos modos puede leerse «Dresde». Cabe rastrear, en el texto, lo que deja adivinar en vislumbres: la historia de una ciudad y sus fantasmas, la de una escritora y sus fantasmagorías, enfrentadas en juego de espejos, trasunto una de la otra. No sólo lícita, sino útil, es esta forma de leer el libro. Pero resultaría insuficiente e incompleta si no concurriera, además, una segunda y más sustantiva modalidad de lectura: la que atiende a lo que verdaderamente narran en lo hondo estas páginas, es decir, a la arriesgada y azarosa historia del texto mismo. La principal peripecia de «Dresde» es inmanente a su redacción; no relata el destino de una localidad, sino el itinerario de una expresión, de una escritura en pos de sí misma, en pos de una ciudad de palabras en la que podrán reflejarse la Dresde destruida de antaño y —a modo de imagen especular de ella— la Dresde reconstruida de hoy, sólo, precisamente, en la medida en que el objeto verbal suscitado por la operación poética sea en sí mismo un doble de la Dresde tangible y una trasposición metafórica de su historia. Dresde es aquí el texto; pero la historia de cada vida humana es la historia de Dresde, y la de «Dresde». Al narrar «Dresde» y Dresde, el texto se narra a sí mismo y nos narra a cuantos lo leemos.

Ya en «Retracciones» y más firmemente en «Reverso» estableció Fanny Rubio el espacio en que debía transcurrir su búsqueda poética: es, sin duda, el espacio más radical en el sentido propio del término, el que más derechamente va a la raíz de las cosas y del lenguaje que alude acaso a ellas, pero ante todo, en su pura fonía, se revela existente en la página. Antes que designar, las palabras son: en el ser, y no en el designar, estriba el lenguaje

de la poesía. «Dresde» tiene un hilo conductor externo, sí; pero su verdadero hilo conductor es la nervadura del lenguaje. Erizado y violento —incluso a veces violentado—, o bien inasible, en las lindes de la inmaterialidad, o, por el contrario, cogido al vuelo en su patética dispersión de idiotismos coloquiales, este lenguaje punzante, movedizo, sometido a tensión e interrogación constantes y extremas a fin de que entregue algo que está más allá de sí mismo, pero que sólo por él se atisba, es el centro de «Dresde» y es su sentido último. En la urdimbre de las palabras, leemos a Dresde en «Dresde»: nos leemos a nosotros mismos en el espejo de «Dresde», descifrando a tientas el enigma humano esencial en las deflagraciones de una ciudad abolida que tiene nuestro rostro y el timbre de nuestra voz. En esto se reconoce al ser de la poesía: en que nos lleva al encuentro de nosotros mismos.

PERE GIMFERRER
de la Real Academia Española

Barcelona, 24 de octubre de 1989